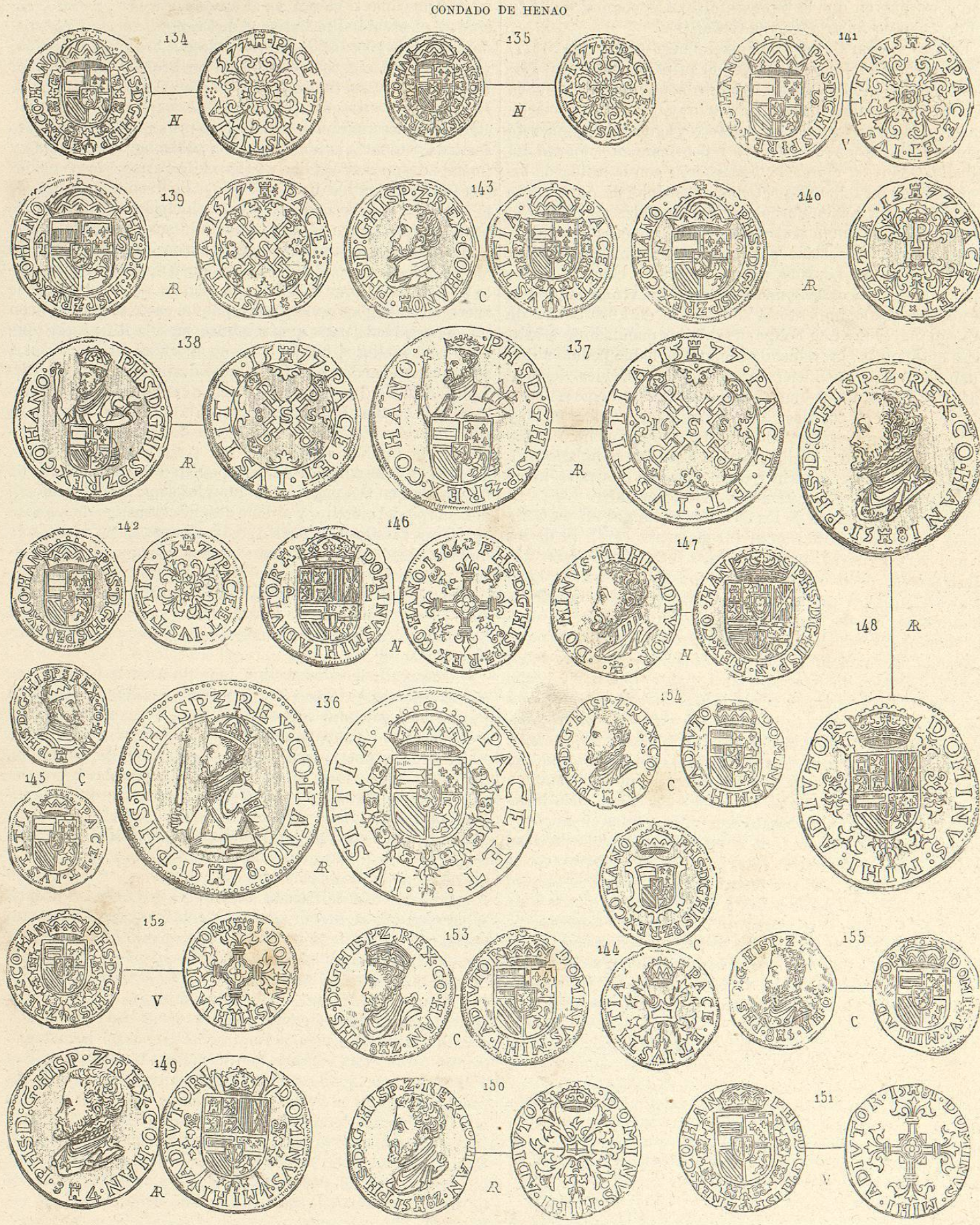


ruinas del castillo de Limburgo; á cuya fábula dió fundamento el haberse volado la parte superior de uno de los baluartes del castillo, destruyendo una parte de las casas contiguas, y quedando muertos ó heridos unos pocos soldados. Pero los efectos

del ardid duraron tan poco como tenia que durar la creencia de la inventada catástrofe.

Llegaron en este tiempo al campo de don Juan de Austria el maestre de campo don Lope de Figueroa con cuatro mil



españoles de los veteranos de Italia, don Pedro de Toledo, duque de Fernandina, hijo de don García el virey de Sicilia, don Alfonso de Leiva, hijo del virey de Navarra don Sancho, con varias compañías españolas, y llegó igualmente Gabrio Cerbelloni, ya rescatado del poder del turco, con dos mil italianos que habia levantado en Milan, lo cual dió gran contentamiento á don Juan de Austria. Alegróse todavía mas el

regreso de España del baron de Villi (á quien él habia enviado para que llevase al rey la noticia de sus triunfos), con carta de Felipe II en que le decia: que si antes habia andado remiso en hacer la guerra á los rebeldes por darles tiempo para reducirse, ya que su clemencia no habia servido sino para que le ofendiesen mas, queria sostener su autoridad con las armas, y para que pudiese hacerlo en su nombre le enviaba novecien-

tos mil escudos, ofreciendo proveerle en adelante de doscientos mil cada mes, con los cuales habia de sustentar un ejército de treinta mil infantes y seis mil quinientos caballos, sin perjuicio de concederle cuanto él creyese convenir. Y le envió además otro nuevo edicto, que le mandó publicar, en que, despues de enumerar las ofensas que á Dios y á su autoridad habian hecho los rebeldes, ordenaba que obedeciesen todos á don Juan de Austria como lugarteniente suyo; que los diputados cesasen en sus juntas y se volviesen á sus provincias, hasta que fuesen legítimamente convocados; anulaba todo lo decretado por ellos; prohibia á los del Consejo de Estado y Hacienda usar de sus oficios, mientras no obedeciesen á su gobernador general, y mandaba restituyesen todo lo usurpado al real patrimonio.

Por su parte el de Orange hacia jurar á todos los eclesiásticos defender y guardar la paz de Gante, reconocer al archiduque Matias como gobernador general, poniendo sus haciendas y vidas en su ayuda y defensa, contribuir á arrojar de Flandes á don Juan de Austria y los españoles, declarando enemigos de la patria á los que rehusaran prestar este juramento. Y como el clero católico esquivara jurar este edicto, levantóse una persecucion no menos cruda que las primeras contra las personas, contra los templos, contra todos los objetos del culto católico; desatándose los herejes en injurias y profanaciones, destruccion de imágenes é iglesias, destierros y muertes de sacerdotes.

Uno de los medios de que se valió el astuto príncipe de Orange para hacer sospechoso á don Juan de Austria y malquistarle con el rey su hermano, y del cual esperaba que habia de producir por lo menos su retirada de los Países Bajos, ya que de otra manera no podia deshacerse de tan importuno enemigo, fué propalar y hacer que llegara á su conocimiento las pláticas y tratos que se traian de casamiento, no ya entre don Juan y la reina de Escocia, objeto de sus anteriores proyectos de expedicion, sino entre don Juan y la reina de Inglaterra; añadiendo el de Orange, que esto se hacia por su mano, pues su intento y el de sus amigos era hacerle de este modo señor de los Países Bajos, con que les asegurase su nueva religion; añadiendo el de Orange, que esto se hacia por su mano, pues su intento y el de sus amigos era hacerle de este modo señor de los Países Bajos, con que les asegurase su nueva religion; añadiendo el de Orange, que esto se hacia por su mano, pues su intento y el de sus amigos era hacerle de este modo señor de los Países Bajos, con que les asegurase su nueva religion.

Con tales motivos despachó don Juan de Austria á su secretario íntimo, Juan de Escobedo, á Roma, para que besara el pié á Su Santidad en su nombre y le diera las gracias por tan singular favor, y de allí viniera á Madrid á dar cuenta al rey de las plazas que iba ganando, y á suplicarle no se olvidase de lo prometido respecto á la empresa de Inglaterra, pues confiaba en Dios que pronto las provincias flamencas estarian bajo la obediencia de S. M. Recibieron en Madrid á Escobedo muy afectuosamente el rey y su favorito Antonio Perez: bien que este no tardó en concebir el designio de vengarse de él por ciertos malos oficios que le hizo en sus amorosas relaciones con la princesa de Eboli, de que en otro lugar tendremos que hablar. El rey sabia bien por sus embajadores y espías todos los manejos de don Juan de Austria, y la parte activa que en ellos habia tenido Escobedo con el pontífice; y Antonio Perez, de quien aquellos se habian fiado mas de lo que les conviniera, no se habia descuidado en representarle al monarca como el agente mas pernicioso de los atrevidos y soberbios planes de su hermano. No adelantaba, pues, el Escobedo en la comision de don Juan, y mientras se le entretenia en la corte se estaba fraguando su muerte; formósele tenebrosamente una especie

de proceso sobre aquellos cargos, y oidos por el rey los pareceres de Antonio Perez y del marqués de los Velez, enemigo de don Juan y no amigo de Escobedo, quedó determinada su muerte: Antonio Perez fué el encargado de ejecutarla, tambien en secreto.

El falaz ministro, que seguia fingiéndose amigo del secretario de don Juan, intentó por dos veces, en dos banquetes á que le convidó, acabarle con veneno; mas como ni una vez ni otra surtiese efecto el tósigo que le hizo propinar, buscó y pagó asesinos, los cuales le espieron, y sorprendiéndole una noche se echaron sobre él, y uno de ellos le metió el estoque de tal modo que no fué menester repetir la herida para causarle la muerte. En otro lugar informaremos á nuestros lectores de las notables circunstancias de este caso, así como del resultado del famoso proceso que se formó sobre este ruidoso y triste suceso, que llenó de amargura el corazón de don Juan de Austria, de quien era tiernamente amado su secretario y confidente.

Volviendo ahora á lo de Flandes, á consecuencia de las reclamaciones del de Orange á los soberanos y príncipes de Inglaterra, de Francia y de Alemania, un ejército de doce mil alemanes al mando del duque Casimiro y pagados con el oro de Inglaterra pasó el Mosa, y sentó sus reales cerca de Nimega; por otra parte el turbulento duque de Alenzon, ya duque de Anjou, hermano del rey de Francia, marchaba con tropas francesas hacia Mons, la ciudad principal del Henao, todos en favor de los protestantes flamencos, bien que cada cual con designio de sacar partido en interés propio. Don Juan de Austria determinó ir en busca de los alemanes, que ya habian llevado su campo y unidos con los flamencos cerca de Malinas. Oponiase á esta marcha el príncipe Alejandro Farnesio con muy fuertes razones; mas como quiera que en consejo de generales prevaleciera el dictámen contrario, entonces pidió á don Juan que le colocara en la primera fila de vanguardia al frente de un escuadron de españoles, para que vieran todos que si en el consejo habia creído deber desaprobar la empresa, una vez resuelta queria ser el primero á ejecutarla. La marcha se realizó (agosto, 1578), y entre una aldea y un bosque cerca de Malinas, donde los enemigos, mandados por el conde Bossu, se habian atrincherado, se dieron recios combates, aunque no formal batalla, porque si cauto anduvo Bossu, tambien estuvo prudente don Juan de Austria, mereciendo ambos generales contrarias censuras, el uno por no haber ganado la victoria, el otro por haber perdido de ganarla. Portáronse como valientes en los encuentros que tuvieron los capitanes del ejército español, como héroe el príncipe Farnesio, que á pesar de su acostumbrada modestia no pudo dejar de alabarse, y con razon, por lo que hizo aquel dia, en el parte que dió á la princesa Margarita su madre.

Los franceses mandados por Alenzon adelantaron poco, detenidos por los españoles, walones y tudescos. Reinaba la discordia entre los enemigos, no queriendo someterse el conde Casimiro al de Bossu, ni sujetarse el príncipe de Orange al archiduque Matias. Asolaban aquellas provincias los robos, los saqueos y los desórdenes. La epidemia infestaba ambos campos y ambos ejércitos, y desvivíase don Juan de Austria por procurar la mejor asistencia posible á sus soldados. Pedia al rey mas dinero y que le enviase mas tropas de Italia y de Alemania, pero en lugar de gente y dinero recibió orden para que negociara otra vez la paz. Ofendieron ó indignaron al de Austria las condiciones que los Estados proponian, á saber: el reconocimiento del archiduque Matias como gobernador de Flandes; que entraran en ella el duque de Alenzon y el conde Casimiro; que restituyera á los Estados lo que habia ganado en las provincias de Brabante, Henao y Limburgo. Menester le fué al príncipe Farnesio hacer esfuerzo de razones y de influjo para reducir á don Juan á que tomara en consideracion tan soberbias condiciones, y aun así no dejó de escribir al rey su hermano quejándose mas agriamente y en términos mas duros de lo que acaso le conviniera, diciéndole entre otras cosas, que cuando le pedia dinero no le enviaba sino palabras, con las cuales no se hacia la guerra.

En este tiempo recibió don Juan de Austria aviso de don Bernardino de Mendoza desde Lóndres, de que un titulado Mos

de Racleff (cuyo retrato le enviaba en la carta), afamado asesino, que se fingía católico, y andaba con otro compañero y con su mujer é hijos para no hacerse sospechoso, había de atentar á su vida por orden y encargo de dos enviados de la reina de Inglaterra, el almirante Cobbe y M. Walsinghen, que habían ido á tratar de la paz. Hallándose un día don Juan dando audiencia en Tirlmont, entró Racleff burlando la vigilancia de la guardia: don Juan le conoció, y disimuladamente llamó al capitán y le ordenó que en saliendo aquel hombre le prendiese y entregase al preboste general. Llegóse á él despues de esto Racleff, é implorando su amparo y protección á nombre del rey su hermano, como quien quería morir en la religion y se hallaba necesitado con mujer é hijos de corta edad, le pidió el socorro que en tales casos se acostumbra. Don Juan le oyó sin inmutarse, aplaudió su celo religioso, y le despidió prometiendo que tomaría en cuenta su demanda. Prendióle al salir el capitán de la guardia, y puesto á cuestion de tormento declaró que llevaba una daga envenenada para clavarla á don Juan tan pronto como hubiera podido con maña alejarle de los demás algunos pasos (1).

Pero pronto iban á concluir de una vez para el ilustre hijo de Carlos V todos los sobresaltos, todos los disgustos y padecimientos que le aquejaban y mortificaban. Había encargado á su amigo el famoso ingeniero Gabrio Cerbelloni la construcción de un fuerte en un collado llamado Bouges á una legua de Namur. Ambos adolecieron de una misma enfermedad (2), don Juan y Cerbelloni, cuando este tenía ya hecha la mayor parte de la circunvalación. Hizose llevar el austriaco á aquella fortaleza, y se acomodó en un humilde y desmantelado departamento que ocupaba el capitán don Bernardino de Zuñiga. Manifestaban los médicos confianza de salvarle, pero él, conociendo la gravedad de su mal, llamó á todos los generales y consejeros, y á su presencia nombró general en jefe del ejército y gobernador de los Estados de Flandes á su sobrino Alejandro Farnesio hasta que proveyese el rey. Vaciló algun tiempo el modesto príncipe de Parma en aceptar tan honroso y elevado cargo, mas luego se resolvió á admitirle por no dejar el ejército y las provincias desamparadas y sin cabeza en tales circunstancias.

No obstante que los médicos daban nuevas esperanzas, el ilustre enfermo sentía acercarse su fin, y se preparó á él pidiendo y recibiendo con ejemplar devoción los Santos Sacramentos. Dejó recomendado al rey don Felipe mirase por su madre y hermano, pagase sus deudas y satisficase á sus dependientes y criados, y que le hiciera merced de colocar sus mortales restos al lado de los del emperador su padre. Despues de esto cayó en un delirio en que se representaba al vivo estar dando una batalla; ordenaba escuadrones, arregaba á los capitanes, apellidaba victoria, y solo le distraían de los febriles arrebatos de su belicosa imaginación los nombres de Jesus y de María que el sacerdote tenía cuidado de pronunciar en voz alta. Al fin el 1.º de octubre (1578), pasó de esta á mejor vida (3) á los treinta y tres años de su edad, con

(1) Refiere este caso Lorenzo Vander Hammen, en el lib. VI de la Historia de don Juan de Austria.—Añade que también fué preso el compañero de Racleff, y que ambos fueron sentenciados á pena capital, y cortadas sus cabezas y hechos cuartos sus cuerpos fueron colocados en el camino de Namur.

Sobre esto escribía don Bernardino de Mendoza al rey, en carta desifrada, desde Londres á 16 de enero de 1579:

«El de Parma ha mandado hacer justicia de dos ingleses que escribí á V. M., á los diez y seis de mayo, que habían partido de aquí con orden de matar al señor don Juan, que Dios tenga. Esta reina dijo cuando tuvo la nueva de Walsinghen con mucho enojo, que aquel era el suceso de los consejos que él y otros le daban y el estado á que la traían, cuyas palabras sintió el Walsinghen de manera que vino otro día de la corte con calentura á este lugar. Nuestro Señor, etc.»—Archivo de Simancas, Estado, leg. 832.

(2) Vander Hammen dice que fué tabardillo, y el P. Estrada da curiosas noticias sobre los dictámenes y pronósticos equivocados de los médicos acerca de los dos enfermos. Cerbelloni, á quien daban por muerto, fué el que se curó con ser hombre septuagenario; y don Juan de Austria, á quien contaban casi por seguro salvar, fué el que murió, con estar en la flor de su vida.

(3) Conviene en el día de su fallecimiento Cabrera y Estrada: Vander Hammen le difiere hasta el 7. Bentivoglio no le señala.

llanto universal de todo el ejército. Comparábanle unos á César Germánico, otros buscaban mas cerca el cotejo, y en medio del dolor gozaban en hallar multitud de paralelos entre las acciones heroicas del hijo y los hechos gloriosos del padre, deshaciéndose todos en alabanzas de las prendas sublimes del capitán que acababan de perder.

Embalsamado su cadáver (4), vestido y armado de guerra, y colocado sobre un féretro cubierto de brocado de oro, todas las naciones se disputaban el honor de conducir aquella mortuoria caja que tan preciosos restos y tantos recuerdos de gloria encerraba. Los españoles reclamaban el derecho de preferencia por ser el hermano de su rey: los alemanes alegaban haber nacido en su suelo, y los flamencos pretendían hacer valer la prerogativa del lugar. El príncipe de Parma arregló aquella noble disputa, disponiendo que los de la familia (así llamaba á los españoles) sacasen el cuerpo de casa, y que entregado á los maestros de campo de las otras naciones, segun que estaban mas inmediatos á la tienda del general, le fueran conduciendo alternativamente en hombros desde los reales de Bouges hasta la iglesia de Namur. Tendidas las tropas españolas, walonas y alemanas en dos hileras desde el fuerte á la ciudad, roncós los pifanos, las cajas destempladas, las banderas y picas arrastrando y vueltos los arcabuces al revés, iba pasando el féretro en hombros de los maestros de campo de cada tercio, acompañándole siempre el conde de Mansfeld, Octavio Gonzaga, don Pedro de Toledo, marqués de Villafraña, y el conde de Reulx, y detrás de todos el príncipe de Parma Alejandro Farnesio, tan enlutado su cuerpo como luctuoso y triste su semblante. Las cenizas de don Juan de Austria descansaron en la iglesia mayor de Namur, hasta que el rey ordenó que fuesen traídas al régio panteon en que reposaban las de su comun padre (5).

Felipe II, recibida la nueva de la muerte de su hermano, se retiró por unos días al monasterio de San Jerónimo del Paso, desde donde despachó á don Alonso de Sotomayor con la confirmación del nombramiento y título de capitán general y gobernador de los Países Bajos en su sobrino Alejandro Farnesio, príncipe de Parma, recomendándole no dejase en peligro la religion en ellos, ni cesase en las negociaciones de Inglaterra y Escocia, dándole aviso de todo, y ofreciendo que no dejaría de acudirle con cuanto conviniese y fuera menester para llevar adelante los negocios que quedaban á su cuidado.

Un autor extranjero compendia con elocuente sencillez los hechos gloriosos mas notables de don Juan de Austria con las siguientes palabras: «Ilustró su nombre en la profesion militar con tres nobles empresas. En la primera enfrenó el atrevimiento morisco; en la segunda el orgullo mahometano; en la tercera el furor flamenco. En cada una con los sucesos sobrepujó con grandes ventajas la edad. Porque venció á los moros apenas salido de la infancia; humilló los turcos apenas entrado en la flor de la juventud; y reprimió los belgas con tal maestría de guerra, que un viejo y consumado capitán no la podía mostrar mayor (6).»

Es extraño que en las recomendaciones que al tiempo de morir hizo don Juan de Austria al rey su hermano, guardara completo silencio acerca de dos hijas que dejaba, llamadas Ana y Juana, habida la primera en Nápoles de Diana de Sorrento, la segunda en Madrid de doña María de Mendoza. Ambas fueron monjas, y una de ellas, como veremos adelante, tuvo cierta celebridad histórica.

(4) Dicen los historiadores, que como al abrir el cuerpo para embalsamarle se encontrase la parte del corazón seca, y todo el exterior salpicado de manchas negruzcas y lívidas, sospechó la familia si alguna mano pífida le aceleró la muerte con veneno, y aun alguno indicia si aquella mano seria la del doctor Ramirez.—Ni falta tampoco quien afirme que la misma mano que había hecho apuñalar á Escobedo fué la que hizo emponzoñar á don Juan de Austria. Todo pudo ser, porque la política de aquel tiempo hace demasiado verosímiles estos crímenes. Mas, sobre que aquellas señales pudieron ser natural efecto de la enfermedad, es siempre aventurado en estas materias juzgar por meras sospechas, y fallar sin el fundamento de los comprobantes.

(5) En mayo de 1579 fué traído el cuerpo de don Juan de Austria al panteon del Escorial, y se hizo la entrega y entierro con la solemnidad y ceremonias de persona real.

(6) Bentivoglio, Guerras de Flandes, lib. X.

«Fué, dice Vander Hammen, de temperamento sanguíneo, señorial por

CAPÍTULO XVI

Portugal

DE 1576 Á 1583

Grandeza de Portugal en los siglos xv y xvi.—Su estado al advenimiento del rey don Sebastian.—Educación y carácter del joven monarca.—Su empeño en pasar á Africa á guerrear contra los moros.—Pide ayuda á Felipe II.—Entrevista de don Felipe y don Sebastian en Guadalupe, y su resultado.—Funesta jornada de don Sebastian á Africa.—Célebre batalla de Alcazarquivir, desastrosa para los portugueses.—Muerte del rey.—Llanto público en Portugal.—Proclamación de don Enrique.—Cuestión de sucesión al trono portugués.—Cuántos y quiénes eran los pretendientes.—Derechos de cada uno.—El de Felipe II de Castilla.—Negociaciones sobre la declaración.—Don Cristóbal de Mora y el duque de Osmuna.—Dudas entre la duquesa de Braganza y Felipe II.—A quién se inclinaba el rey don Enrique.—Notable intimación de Felipe II á la ciudad de Lisboa.—Mercedes que ofrecía á los portugueses.—Preparativos de guerra.—Enérgica protesta del duque de Osmuna.—Córtes de Almeirim.—Muerte de don Enrique.—Regencia de Portugal.—Ejército español para invadir el reino.—El duque de Alba.—Hácese proclamar rey de Portugal don Antonio, prior de Crato.—Entrada del ejército de España en Portugal.—Plazas que se le rinden.—Venecia á don Antonio y llega á Lisboa.—Fuga del prior de Crato.—Resistencia que intenta hacer en Oporto.—Es errante y se refugia en Francia.—Entra en Portugal Felipe II.—Es jurado rey de Portugal en las córtes de Tomar.—Va á Lisboa.—Cómo procedió con sus nuevos súbditos.—Niégase á reconocerle la isla Tercera.—El prior de Crato en la Tercera con armada francesa.—Terrible combate naval.—Triunfo de los españoles.—Huye otra vez á Francia don Antonio.—Juramento del príncipe don Felipe como sucesor al trono de Portugal.—Muerte del duque de Alba.—Regresa Felipe II á España.—Su entrada en Madrid.

De tiempo en tiempo, y por caminos y combinaciones que no ha podido calcular la prevision humana, suele permitir la Providencia que sufran tales mudanzas los Estados, que de todo punto varie su condicion, verificándose á veces en las ocasiones que menos podría conjeturarse. Tal fué la reincorporación del reino de Portugal á la corona de Castilla en el reinado de Felipe II.

Parte integrante siempre de la península ibérica; provincia por muchos siglos de la monarquía castellana; segregada despues, emancipada y constituida en reino independiente; la pequeña nación portuguesa había ido creciendo, mereed á la vigorosa y hábil conducta de algunos de sus monarcas, y al valor, al ingenio y al espíritu emprendedor de sus naturales, hasta convertirse en un poderoso y vastísimo Estado, que gozaba de gran consideración en Europa y en el mundo. Los descubrimientos y conquistas de los siglos xv y xvi; las atrevidas, brillantes y gloriosas empresas en Africa y en Asia, en que nadie aventajó á los portugueses, los había hecho dueños de extensas y riquísimas regiones en el Océano Oriental, semejante á un cuerpo de dimensiones desproporcionadas, con pequeña cabeza, y cuyos brazos y miembros se extendían á las extremidades del globo. En tal estado, y cuando parecia

sencia, algo mas que mediana estatura; inclinado á lo justo, de agudo ingenio, buena memoria, alentado y fuerte, tanto que armado nadaba como si no tuviera cosa alguna sobre sí; ligero, agradable, cortés, gran honrador de las letras y las armas; excelente hombre de á caballo. Tuvo la frente señorial, clara, espaciosa, los ojos algo grandes, despiertos y garzos, con mirar grave y amoroso; hermoso rostro y poca barba, lindo talle y airoso, liberalidad y gravedad en acciones y palabras, fe en las promesas, fidelidad en el servir á su hermano, discreción y esfuerzo, celo de la religion católica, reverencia á las cosas y personas sagradas, secreto y presteza en ejecutar, crédito y autoridad aun con los enemigos, de manera que su nombre y reputación disminuía su ánimo y osadía. Venecia con clemencia, gobernaba con benignidad, proveía y ordenaba con madurez, hallábase constante en los casos prósperos y adversos, experimentado en la milicia terrestre y marítima, de gran conocimiento en los consejos; sabía elegir sus ventajas, media bien las fuerzas, y acomodaba la providencia á los casos y deliberaciones segun la variedad de los accidentes; presentábase á sus soldados con afabilidad y ordenaba con agrado. Con esto y con hablar á cada uno en su lengua materna, tenía obediencia á sus órdenes y mandamientos tanta diversidad de gentes, tanta variedad de costumbres, tanta desproporcion de ánimos como se halla en los ejércitos, compuestos de ordinario de diferentes naciones, etc.»

que este hijo emancipado de España se hallaba mas en aptitud de vivir una vida robusta y propia, fué cuando por una extraña combinación de circunstancias y sucesos volvió á formar una porción de la monarquía española y á refundirse en ella, como si la Providencia quisiese avisar á ambas naciones que no debiera haberse roto nunca la unidad geográfica de España. Diremos cómo se obró este importante acontecimiento.

A la muerte de don Juan III, uno de los grandes reyes de Portugal, heredó aquella corona su nieto don Sebastian, entonces niño de tres años, hijo de la princesa doña Juana, gobernadora que fué de Castilla. Durante la menor edad del tierno monarca, rigieron el reino, primeramente su abuela la reina doña Catalina, despues el cardenal don Enrique su tío. Desde los primeros años de su juventud, y mas desde que salió de la tutoría, comenzaron á revelarse los pensamientos que ocupaban la fogosa imaginación de don Sebastian. Robusto de cuerpo, de ánimo levantado, de corazón fuerte, de genio belicoso, de espíritu caballeresco, educado en una devoción semimonástica por los padres jesuitas, que entonces ejercían grande influjo en el palacio real de Lisboa, exaltada su alma con las máximas del padre Luis de la Cámara, su confesor, aspirando, como él decía, á ser capitán de Cristo; hábil al propio tiempo en el manejo de un caballo y diestro en el ejercicio de las armas, tan apuesto en el cabalgar como grave y cortés en el trato y afable en la conversacion, prendas de grande estima para los portugueses, el joven don Sebastian, ansioso de igualar ó sobrepujar á sus mayores en brillantes empresas, manifestó resuelto á ir personalmente á la India á descubrir y conquistar nuevas regiones y á convertir infieles. A fin de apartarle de un pensamiento tan peligroso para el reino como arriesgado para su persona, persuadiéronle de que en el caso de intentar una empresa semejante seria menos aventurado é igualmente glorioso emplear su valor y sus armas contra los moros de Africa. Grandemente acomodó esta idea al belicoso y exaltado príncipe, que ya en una expedición á la costa de Berbería había mostrado en algunos encuentros con los moros su personal bravura, aunque con mas fortuna que prudencia. La expedición, pues, á Africa fué el pensamiento que preocupó de un modo constante y fijo el ánimo del rey don Sebastian.

Un incidente vino á exaltar mas su espíritu y á depararle la ocasión que tan ardientemente apetecía. Muley Mahomet había sido despojado de su reino de Fez y de Marruecos por su tío Abd-el-Melik, conocido por Muley Moluc, y denominado en nuestras historias *el Maluco*. El destronado rey moro había pedido auxilio á Felipe II de España, y no encontrando apoyo en el monarca español, acudió con la misma demanda al rey don Sebastian, prometiéndole á Larache y otras cosas mas, que no suele ser nunca escaso en ofrecer el que de otro necesita. El joven monarca portugués acogió con entusiasmo la propuesta del desposeído moro, y ya no pensó mas que en realizar su caballeresca empresa. Quiso, no obstante, contar con la ayuda de Felipe II su tío, á cuyo efecto envió á Madrid á don Pedro de Alcazoba para que tratase con el rey y le pidiese: primero, su auxilio para la empresa de Africa; segundo, que le diera en matrimonio su hija mayor; y tercero, que se vieran ambos monarcas en el lugar que designara el español. Este por su parte despachó á Lisboa para concertar lo de las vistas á don Cristóbal de Moura, ó Mora, caballero portugués, de mucho tiempo al servicio de Felipe II, su gentilhomme de boca y de su cámara, á quien había empleado ya en diferentes comisiones delicadas y honrosas, algunas en el mismo reino de Portugal.

Estos y otros pasos había dado el portugués contra el dictamen de la reina doña Catalina, de su tío el cardenal Enrique, de Cristóbal de Tavora, de don Juan Mascareñas, de Francisco de Saa y otros fidalgos portugueses de los mas ilustres y de mas valía, los cuales todos aconsejaban al rey, algunos á riesgo de perder su gracia, que desistiera de jornada tan temeraria y peligrosa. Cada vez mas empeñado en ella el fogoso don Sebastian, instó vivamente por que se acelerase lo de las vistas, y quedaron estas concertadas para el mes de diciembre (1576) en el monasterio de Guadalupe en Extremadura.